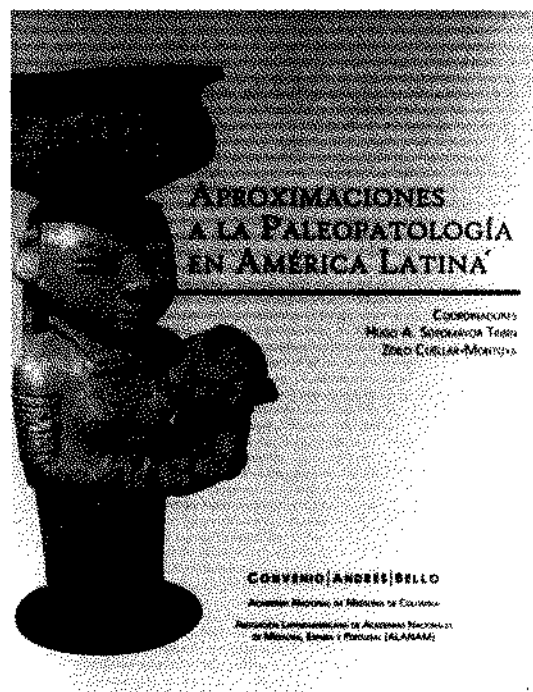


Presentación del libro “Aproximaciones a la Paleopatología en América Latina”

Edición Conjunta de la Academia Nacional de Medicina, el Convenio Andrés Bello y la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina, España y Portugal – ALANAM.

Intervención del Doctor Zoilo Cuéllar-Montoya,
Presidente de la Academia Nacional de Medicina

Después de cinco años de trabajos, de comunicaciones insistentes, tanto del Señor Académico Sotomayor Tribín como mías, con las diferentes Academias miembros de la ALANAM; tras meses y meses de contactos y reuniones, de múltiples conversaciones con el Doctor José Antonio Carbonell, conversaciones realizadas con el Convenio Andrés Bello en dos periodos, con un largo intervalo en el curso del cual no era claro como iban la ALANAM y la Academia Nacional de Medicina de Colombia a lograr la publicación de la obra. En momentos en los que ya la gran mayoría de los artículos se encontraban en poder del Académico Sotomayor, en virtud del oportuno nombramiento del Doctor Francisco Huerta Montalvo como Secretario Ejecutivo del Convenio Andrés Bello, hemos llegado por fin al anhelado momento en el cual podemos presentar ante la Academia, ante las directivas del Convenio, ante la sociedad en general y, fundamentalmente, ante la comunidad académica latinoamericana, esta excelente obra, una “Aproximación a la Paleopatología en América Latina”, fruto del esfuerzo mancomunado de un número importante de profesionales, tanto de la Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello en Bogotá, como de la Academia Nacional de Medicina de Colombia, bajo



la coordinación del Señor Académico Hugo Armando Sotomayor Tribín y del Secretario Ejecutivo de la ALANAM, quien les habla y de los ilustres autores de los diferentes capítulos de la obra, representantes de la América hispana, desde la ciudad de México D.F.,

al norte, hasta Buenos Aires, en la austral República Argentina.

Cuando, como Secretario Alterno que era de la ALANAM, preparaba la XV Reunión del Consejo Directivo de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina (ALANAM), que tendría lugar en la ciudad de Quito, Ecuador, en el mes de enero de 2002 – corría por ese entonces el año 2001 -, el Académico Hugo Armando Sotomayor Tribín me propuso que contemplara la posibilidad de que él viajara al Ecuador conmigo y con el entonces Vicepresidente de nuestra Academia Nacional de Medicina, el Académico Profesor Doctor Juan Mendoza-Vega, con el fin de proponer a las Academias asistentes a la Reunión la idea de realizar la edición de un libro de paleopatología latinoamericana, con colaboración del mayor número de países que tuvieran material para participar, lo cual me pareció de un altísimo interés, tanto para nuestra Asociación como para la misma paleopatología de nuestra región. En el curso, entonces, de la última sesión de dicha Reunión de la ALANAM, los días 22 y 23 de enero de 2002, "el Académico Sotomayor Tribín, después de presentar diapositivas de varias piezas precolombinas con diferentes representaciones patológicas, propuso al Consejo Directivo de la ALANAM la posibilidad de efectuar una investigación de paleopatología en todos aquellos países iberoamericanos que cuenten con restos humanos o con piezas artísticas de ese tipo, con el fin de realizar una publicación al respecto, quizás única en su género y en su extensión geográfica en el mundo".

Han pasado ya más de cinco años desde entonces y hoy, como Presidente de la Academia Nacional de Medicina de Colombia y Secretario Ejecutivo de la ALANAM, tengo el honor de hacer ante Ustedes parte de la presentación de este libro, en el cual participan las Academias Nacionales de Medicina de Buenos Aires -Argentina-, Bolivia, Colombia, Ecuador, México, Paraguay y Perú, o sea la mitad de las Academias latinoamericanas que conforman la ALANAM; porque son varios los países de nuestra región que no cuentan con representación paleopatológica alguna. Es una obra que abarca la paleopatología de la América ibérica, que se encuentra en estos siete países, hacen falta, desafortunadamente, algunos otros que podrán sumarse a este esfuerzo en ulteriores ediciones de la obra. Irreemplazable en su publicación ha sido,

además de la valiosísima labor de compilación del Académico Sotomayor Tribín, el apoyo permanente de la Academia Nacional de Medicina de Colombia, el respaldo institucional de la ALANAM y de su Secretaría Ejecutiva, el auspicio incondicional del *Convenio Andrés Bello*, con el apoyo decidido de su Secretario Ejecutivo, el Doctor Francisco Huerta Montalvo, de su Director Editorial, el Doctor José Antonio Carbonell y de su equipo de trabajo en Colombia: se trata entonces de un esfuerzo conjunto de la ciencia, el arte y la cultura, de connotación absolutamente latinoamericana.

El hombre se ha preocupado, desde siempre, por la enfermedad y la muerte, lo que ha hecho de la medicina una antiquísima profesión: "cuando se inició el registro de la historia" -escribió George A. Bender en 1961-, "la práctica de la medicina ya era vieja". Pero debemos, sin embargo, los estudiosos del pasado de la enfermedad y del arte de curarla, reflexionar previamente sobre lo que existía, para analizar y dilucidar así el camino seguido por la humanidad hacia la comprensión de la nosología y de la misma medicina, camino que es, precisamente, el que transita la paleopatología. Cuyos senderos, cuyas técnicas, cuyos hallazgos y cuyas conclusiones recorren para nosotros el telón de sombras que el tiempo, inexorable en su marcha ha tendido, en el curso de centurias y milenios, sobre la historia de las enfermedades y aquella de los intentos del hombre por obtener su curación. Recordemos que el mundo es sumamente viejo, puesto que su existencia se mide en miles de millones de años, y la historia del hombre en éste mundo es desproporcionadamente joven, puesto que sus primeros exponentes, que anduvieron probablemente erectos por las llanuras africanas, cuando aún trepaban también a los árboles para huir de los depredadores, lo hicieron a partir de los últimos siete millones de años en la historia de la tierra. Los primates, como mamíferos que son, existían ya en el período terciario, hacia el mioceno, hace unos veinticuatro millones de años y, probablemente, fue en dicho período cuando ocurrió la separación de los monos póngidos de los homínidos, a los cuales siguieron, diez y siete millones de años después, en pleno plioceno, los primeros hombres. Con el correr de los milenios aparecieron, primero el *Australopithecus* y, más tarde, el *Homo erectus* (el hombre más primitivo), el hombre de *Neanderthal* y el de *Cromag-*

non para, finalmente, hacer su aparición el hombre moderno, que sobrevivió entre glaciares y diluvios. Si comprendemos la realidad de la existencia de multitud de microorganismos, previa a la del ser humano, podemos deducir entonces que la enfermedad precedió al hombre prehistórico pues, al fin y al cabo, representa también una forma de vida. En ese *homo sapiens*, en ese hombre prehistórico nace, desde muy temprano, ante la inmensa realidad del universo que empieza a conocer y analizar, una primitiva idea del bien y el mal; crea, en su necesidad trascendental la presencia, en ese universo fantástico de su mente naciente, un mundo de dioses y demonios, y empieza a interpretar la patología con un trasfondo mágico-religioso, a ejercer una medicina con base en los conocimientos de sus magos, sacerdotes o curanderos y a realizar, paradójicamente, procedimientos quirúrgicos complicados, tales como trepanaciones del cráneo, las cuales se hacían, en algunas culturas, con la idea de sacar de la cabeza de los enfermos los elementos del mal, los demonios. La América prehispánica no escapó a estas creencias, aunque la misma historia del hombre en nuestro continente americano es aún mucho más reciente, quizás no más atrás de veinte a treinta mil años, aparentemente como una expansión proveniente de las estepas siberianas, con oleadas de nómadas de procedencia mongólica que, después de alcanzar el extremo ártico de la actual Península de Chukotsk pasaron, a través del Estrecho de Bering congelado, a tierras americanas y se distribuyeron hasta alcanzar el extremo sur del continente, el Estrecho de Magallanes, transportando con ellos técnicas y culturas de procedencia euroasiática, de acuerdo con una de las teorías del poblamiento prehistórico de nuestro continente.

Por ello es interesante detenernos, al menos en forma somera, en algunos métodos terapéuticos y procedimientos quirúrgicos realizados por civilizaciones prehispánicas en la hoy América Latina, fundamentalmente aquella realizada por pueblos preincaicos en el territorio del Perú: los hallazgos se extienden, hacia el norte, hasta los dominios de los muíscas, en Colombia. Aunque desde comienzos del siglo XIX ya se conocía la existencia de cráneos con trepanaciones, de origen claramente precolombino, a estos hallazgos paleopatológicos, de acuerdo a lo anotado por el académico Germán Peña Quiñones, no se les prestó atención durante más de cincuenta

años. Es solamente hasta el año de 1865 -continúa Peña-, cuando E. G. Squier, en su obra titulada "*Incidents of travel and exploration in the land of the Incas*", publicada en Londres, en 1877, informó sobre un cráneo que presentaba una trepanación en forma de cuadrilátero en la región frontal izquierda, pieza encontrada en una tumba del *Valle de Yucay*, localizado a una milla de distancia del denominado *Baño de los Incas*. El célebre Profesor Paul Broca, y más tarde el también Profesor Auguste Nelaton -agrega Peña, de acuerdo con Graña-, tuvieron la oportunidad de examinar el cráneo y ambos consideraron que los bordes de la trepanación habían cicatrizado perfectamente, lo que demostraba, en forma incontrovertible, la supervivencia del paciente después de practicársele el procedimiento quirúrgico. "Perú -anota Bender- fue, en el Nuevo Mundo, el centro de la práctica intensiva de la trepanación": así lo confirman los exámenes realizados a numerosas momias, el análisis del entorno de sus enterramientos y la magnífica y abundantísima alfarería existente en museos y depósitos peruanos.

Los trabajos del arqueólogo peruano Julio C. Tello, publicados en 1912, realizados sobre 200 cráneos seleccionados de más de los 10.000 encontrados en las tumbas de los Yauyos, son concluyentes en determinar que las operaciones se practicaron como tratamiento de fracturas deprimidas, desprendimientos del periostio, periostitis y, posiblemente, por lesiones luéticas. Según Peña, "También se sugirió que fueron practicadas por hematomas subdurales (Penfield) y por fracturas deprimidas que producían epilepsia (Horsley)". Se considera que hacia el año 2.500 antes de Cristo, ya existían centros identificables de civilización en América del Sur. Las civilizaciones Chimu y Mochica datan del año 500 a.C. y tanto los hallazgos de sus tumbas como su alfarería confirman la práctica de la trepanación. Al sur de Lima se encuentra la Península de Paracas, uno de los asentamientos de mayor riqueza paleopatológica del Continente, correspondiente a una civilización que antecedió, por varias centurias, a la fundación del imperio Inca. De acuerdo con Peña, el Doctor Jaime Gómez González y el antropólogo Gonzalo Correal, ambos miembros de esta Academia, reportaron tres cráneos que presentaban trepanaciones con supervivencia postoperatoria del paciente, hallados en tumbas muíscas (Chibchas)

del altiplano cundiboyacense, con una datación de 350 años a.C.

Dentro de la cerámica relacionada con las sustancias medicamentosas se encuentran, con inusitada frecuencia, figuras de mascaradores de coca provenientes, en Colombia, de la frontera con el Ecuador, límite norte del imperio Inca. Es interesante hacer la relación, entre los ejemplos de alfarería precolombina que incluye el Académico Hugo Armando Sotomayor en el capítulo correspondiente, de varias figuras con patología ocular, tales como buftalmos (glaucoma de origen congénito), tumor ocular, anoftalmos unilateral, ptosis palpebral que requiere la ayuda de los dedos para entreabrir la hendidura y varios casos de estrabismo, fundamentalmente bilaterales, tipo *estrabismus fixus*, de gran ángulo. En este punto vale la pena mencionar la primera descripción escrita de casos de estrabismo en América, original de don Bernal Díaz del Castillo, el admirable cronista de la conquista de México, en su "*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*", quien a la letra escribió (sic): "Y en aquella escaramuza prendimos dos indios, que después se bautizaron y volvieron cristianos, y se llamó el uno Melchor y el otro Julián, y entrambos eran *trastrabados de los ojos*". Debo agregar que la observación la hizo Díaz del Castillo en la península de Yucatán, en los meses de febrero o marzo del 1517. Por otro lado, para los indígenas mexicanos de la época, el estrabismo era un signo de nobleza.

La representación artística que de un número importante de enfermedades padecidas por los indígenas de la región lograron diferentes pueblos de la América precolombina y el estudio detenido y altamente profesional de restos humanos bien conservados en varios de ellos (momias, huesos) nos permiten, después de muchas centurias, formarnos una idea bastante clara de la patología que afectó a nuestros indígenas, desde épocas que se pierden en la noche de los tiempos de nuestro continente y, aún, de algunos de los procedimientos terapéuticos empleados para combatir algunas de esas patologías. A dichas representaciones se suman los interesantísimos hallazgos realizados por numerosos paleopatólogos a lo largo y ancho de nuestro extenso territorio: me refiero a la América que se extiende desde el Río Grande, al norte, y el extremo más austral de la Patagonia. La paleopatología en los países mencionados

ha realizado hallazgos que confirman, por ejemplo, la existencia de enfermedades tales como la sífilis y la tuberculosis en estas tierras, con mucha anterioridad a la llegada a ellas de los primeros europeos. "Las trepanaciones fueron sólo uno de los logros de los antiguos cirujanos peruanos -anota Bender-. Ellos también abrieron senos inflamados, extirparon tumores, amputaron miembros y los reemplazaron por prótesis. Las amputaciones no solamente se realizaron en el antiguo Perú como procedimientos quirúrgicos, sino también como rituales punitivos. Una de las principales contribuciones peruanas a la civilización fue su arsenal de plantas medicinales, muchas de las cuales eran desconocidas en Europa con anterioridad a las expediciones españolas del siglo diez y seis. Entre las más conocidas se encuentran las hojas de coca y la corteza de ciertas chinchonas, fuente de la quinina. Las evidencias indican que estas drogas las conocieron y las emplearon los indígenas, muchos siglos antes de que los europeos llegaran al Nuevo Mundo". Los grandes avances de los estudios de laboratorio y los exámenes de numerosas momias, en los diferentes países, tanto radiográficos como endoscópicos, histopatológicos y de biología molecular, han permitido a los científicos llegar a las conclusiones anotadas más arriba, que el lector podrá analizar en varios de los capítulos de esta obra, la mayoría de ellos ricamente ilustrados y todos escritos por brillantes investigadores, verdaderas autoridades en la materia.

Como Presidente de la Academia Nacional de Medicina de Colombia, en nombre de su Junta Directiva, de todos y cada uno de los Señores Académicos y en el mío propio, así como en nombre de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina, España y Portugal (ALANAM), extiendo los más expresivos agradecimientos al Doctor Francisco Huerta, Secretario Ejecutivo del Convenio Andrés Bello y a su equipo de trabajo por su irremplazable participación en la publicación de esta magnífica obra, que nos permite congratularnos y sentirnos profundamente orgullosos del logro obtenido, hecho que marcará un hito en la historia de la colaboración cultural y científica de nuestro continente, y se constituye en un verdadero ejemplo para el ámbito académico internacional, en momentos en los cuales vivimos una globalización total.

Intervención del Doctor Francisco Huerta Montalvo, Secretario Ejecutivo del Convenio Andrés Bello

Hemos cultivado varios campos del conocimiento porque creemos que es válido ese antiguo aforismo, aquel que dice que "sólo de medicina sabe, ni medicina sabe". En esa condición propiciamos el diálogo de las dos culturas, el de la científica-tecnológica y el de la cultura humanística. A nosotros nos encanta poder saber del Dr. Hernando Groot y poder saber de Jorge Isaacs; poder saber de Caldas al que ayer un poco maltrataban por aquello de la relación del clima con la condición biológica; poder saber de Patarroyo pero también poder saber de León de Greiff, de tantos otros, incluida alguna poetisa que conocimos en la Redacción de Nueva Frontera, la poetisa María Mercedes Carranza

Conozco como antecedente, me gusta una elaboración de mis intervenciones que conjugue presente, pasado, futuro; el hoy de este día para mí está marcado por la forma como en España conmemoraron el Día de la Raza, (así llamado en alguno de nuestros países) Día de Iberoamérica en otros; y qué bueno ver la conjunción de banderas en la televisión española, en cuanto a la fraternidad iberoamericana que eso resalta, pero qué pena saber, por ejemplo, que en el caso del Ecuador son 600.000 los que tuvieron que irse a España porque en el Ecuador no tenían posibilidad de trabajo, posibilidad de futuro; estaban todas las banderas. Unas más que otras, pero todas las banderas. Ojalá esto sirva para que reflexionemos y al reflexionar volvamos a las raíces y al orgullo en el más sano de los conceptos. Creo que ya ha llegado el día que el médico, el filósofo y el poeta hablen la misma lengua y todos se comprendan como quería el fisiólogo francés Claude Bernard, gloria de la Medicina, y ensayos como éstos, publicado con el esfuerzo del Dr. Sotomayor y del Dr. Cuéllar-Montoya, van en esa dirección y me agrada sobremanera. Tengo por lo demás, y no los oculto, motivos particulares para una especial satisfacción por la publicación de esta obra: mi padre era arqueólogo y eso me hizo amar la raíz en sus manifestaciones primarias, en su arqueología.

A veces, y vale la pena el recuerdo para superar complejos, discutíamos cuando mi padre me señala-

ba que el cánon europeo era cánon de siete cabezas, ésto es, que en la longitud de una representación cerámica cabía siete veces la cabeza; el cánon americano no es cánon de siete cabezas, y a partir de esa visión se lo ha denominado arte primitivo; no quiero seguir aceptando esa denominación; arte americano sí, distinto, pero de ninguna manera primitivo; en algunas nociones incluso, comparable, para no decir que superior en múltiples de sus manifestaciones. Quisiéramos que esta obra, sobre todas las cosas, contribuya a orgullo americano, reivindicando como aquí ha hecho Zoilo, algunas condiciones superiores de la práctica quirúrgica de nuestros antepasados incas, por ejemplo, e incluso pre-incas; hay cráneos trepanados que por evidencia radiográfica simple muestran que hubo supervivencia, sabían lo que hacían, incluso colocaban para proteger el cerebro pequeñas láminas de cobre luego de la trepanación que consistía en perforar círculos pequeños y luego unirlos y levantar la capa ósea que daba lugar a que el exudado que puede producirse por el trauma salga sin mayor choque del cerebro contra la capa ósea; pero también con emplastos de hierba que a su tiempo conocieron.

En todo caso, bastaría reseñar y con orgullo ecuatoriano lo planté, ojalá lo verifiquemos bajo certeza, en esta Academia he oído en alguna otra oportunidad versiones diferentes sobre la participación de los indios americanos en la contribución con la quinina a la cura del paludismo. En el Ecuador tenemos la visión, a través de los cronistas, de que fue el cacique de Malacato, Pedro Leyva, el que hizo entrega a un sacerdote español de unas cortezas que permitieron curar unas fiebres, que después enviaron a Lima en donde estaba la condesa de Chinchón y se conocieron como "polvos de la condesa" o "polvos de Chinchón" o "quinina" y sirvieron para tratamiento de los contaminados con la malaria en Europa. En todo caso esta relación de la naturaleza con la posibilidad del tratamientos de las patologías que en ella puedan surgir ya es la revelación de que la observación no era ajena a nuestros pobladores primarios. En todo caso, bastante más habría que

señalar en las contribuciones de nuestros compatriotas de antes de la Conquista en relación con los temas de la medicina, pero aquí queremos reseñar específicamente fisiopatología, lo hemos hecho en siete países y como premonición ya está Argentina incorporada en esa lista. Ojalá pronto Argentina sea un país de los que constituyen el Convenio Andrés Bello, todos los otros seis, Bolivia, Ecuador, México Paraguay, Colombia y Perú, son miembros de esta alta confraternidad de naciones. Nuestro enfoque fundamental más allá de la educación, la ciencia, la tecnología y la cultura, cuyo representante de la Coordinación de la Educación es el Dr. Guillermo Soler, de Cuba, tiene que ver con el tema de la integración de nuestros pueblos. Desde allí los médicos podemos contribuir formidablemente a este proceso, que no debe ser ajeno a los mandatos que sentimos como latinoamericanos; en este mismo podium pude relevar la relación de nuestro Francisco Javier Eugenio de Santacruz y Espejo, protomédico de la Colonia, lo mismo que del precursor de la Independencia Antonio Nariño; era mayúscula la relación de esos países que todavía tenían fronteras difusas. La Gran Colombia fue un sueño de poca duración pero hermoso sueño que tenemos que seguir tratando de reivindicar. Me duele que glifosfaticemos las relaciones entre Ecuador y Colombia, me molesta que los refugiados que entran a la frontera nuestra a hacer política desde un país distinto no puedan ser acogidos como refugiados porque no lo son, pero signifique un incidente que insiste en poder tensas relaciones que deben ser fluidas como iguales y fluidos son los colores de nuestra bandera común, amarillo, azul y rojo. En esa condición entonces, futuro, no abordemos mucho el pasado que eso va a desarrollar uno de los autores de la obra que hoy día presentamos; ¿qué hacer para mañana?. Tenemos obligación de reivindicar con orgullo justificado todo lo que contribuyeron nuestros antepasados en estos campos. Una de las magníficas colecciones de la cultura Tumaco que he podido visualizar en Colombia está aquí en esta Academia y yo se que son las mismas figuras que constituyen

la cultura La-Tolita. Pero igual ocurre en la frontera común, en el Carchi, con Ipiales, con Nariño, y por el estilo. Cuando visito el Museo del Oro o el de San Jorge, siento que se me revela una condición, que el brillo del oro precolombino colombiano oculta: qué magnífica cerámica que tiene Colombia y cómo también hay representaciones de la fisiopatología de la paleopatología de la época que podrían figurar en una gran obra que tiene que seguir adelante.

Pero una de las personas que me introdujo a esta Academia a su tiempo y que me possibilitó estar en la de Historia, el Dr. Elmer Escobar, que representaba a la OPS en el Ecuador cuando lo conocí, me decía y pensaba hacerlo, que después de esta obra de la paleopatología veámos la paleoterapéutica, la paleobotánica, la paleoquímica, las antiguas artes médicas de nuestros antepasados, cómo curaban, con qué curaban y ver cuánto podemos rescatar en esa dimensión, sin querer ser arcaicos ni retroceder en el progreso científico que es formidable. Reconozcamos que estamos adquiriendo una dependencia de los que son sólo "antis" pero que no curan nunca: antihipertensivos, antidiabéticos, cuando teníamos mecanismos terapéuticos que no eran sólo "antis" sino que eliminaban las dolencias. Hemos visto en las especies promisorias andinas cuánto queda por explorar en la farmacología contemporánea con los métodos contemporáneos para contribuir a la ciencia mundial aportando nuevos arsenales terapéuticos. Esa es la posibilidad del futuro.

Ahora sólo quiero decir gracias por la posibilidad de haber trabajado juntos. Somos, como Continente Americano, algo más que arte primitivo, algo más que tribus que no constituyeron civilizaciones sino por excepción. Esa diferenciación etnocéntrica, eurocéntrica, de qué es cultura y de qué es civilización, tenemos que revisarla, más allá de los mayas y de los incas, tenemos que revisar lo que sabemos de nuestra América para revisar lo que sentimos por el hecho de ser americanos. Me siento de ser orgulloso de ello tanto como de estar esta noche con Ustedes.

Intervención del Académico Dr. Hugo Sotomayor Tribín

El libro que se presenta hoy en esta Academia Nacional de Medicina de Colombia, "**Aproximaciones a la paleopatología en América Latina**", conjuga el aporte intelectual de una institución privada internacional como la ALANAM, conformada por las academias nacionales de medicina de Latinoamérica, el económico y editorial del Convenio Andrés Bello, organismo internacional e intergubernamental de integración educativa, científica, tecnológica y cultural de varios países latinoamericanos y la labor de la Academia Nacional de Medicina de Colombia. Instituciones todas ellas, con decididas vocaciones americanistas.

El es el producto del respaldo que recibió la iniciativa tomada por quien les habla en la XV reunión del Consejo Directivo de la ALANAM, reunido en el mes de enero de 2002 en Quito, por parte de las directivas de esta academia, en especial en el mandato del académico Juan Mendoza Vega y muy particularmente durante el actual presidente, académico Zoilo Cuellar Montoya, y del apoyo por parte del Secretario Ejecutivo del Convenio, médico ecuatoriano, ex Ministro de Salud de su país, apasionado también del mundo prehispánico, Francisco Huertas Montalvo y su jefe editorial, José Antonio Carbonell Blanco

El libro si bien es de paleopatología general, hace énfasis marcado en una de las fuentes de esta disciplina, las representaciones artísticas de las enfermedades, en virtud a las consideraciones iniciales que tuve oportunidad de hacerles a los autores sobre el enorme y peculiar valor de ellas en el ámbito americano dentro del conjunto universal de esta ciencia -nacida a principios del siglo XX- fundamentadas en la investigación que desarrollé para mi libro *Arqueo-medicina de Colombia Prehispánica*, en su primera edición de 1992, y mi participación en el II Congreso Internacional de Estudios sobre Momias, realizado en nuestra Cartagena en 1995.

En el libro participaron académicos o delegados de las academias nacionales de Medicina de Buenos Aires, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, México y Colombia después de no pocas dificultades para acopiar los textos e imágenes de los capítulos.

La primera colaboración que recibimos fue la de la academia de Bolivia, gracias a la dirección del

académico Jaime Ríos Dalenz y del entusiasmo de la licenciada Claudia Vincenty, quienes coordinaron la participación de los investigadores Jedú A. Sargánaga, Gerardo Céspedes, Luis Hurtado, Gustavo del Carpio y Ramiro Alvarado. Las últimas fueron del Ecuador, en cabeza del académico Plutarco Naranjo, ex presidente de la ALANAM y del doctor Enrique Hermida Bustos, poseedor de una importante trayectoria en la disciplina; y de México, obra del diligente académico Roberto Medina.

El capítulo de Paraguay, de la pluma de los académicos Pedro Espinosa y Emilio Sagner, llegó casi al tiempo con los de Perú y Argentina. El autor del capítulo de Perú, académico Uriel García Cáceres, con una larga trayectoria en paleopatología, fue el organizador de la sección de esta disciplina que se exhibe en el Museo de Antropología e Historia de ese país. El capítulo de Argentina le fue encomendado por la Academia de Buenos Aires a los investigadores no académicos Silvia Cornero y Rodolfo Puche. Los capítulos a cargo de Colombia tuve el honor de escribirlos. La extensión de los capítulos varía desde los extensos de Colombia y Ecuador (cada uno con dos capítulos) al más breve, como el de Paraguay.

En el libro, bellamente diseñado por el grupo dirigido por José Antonio Carbonell, tiene además de sus apasionantes textos una muy importante colección de fotografías a todo color de las representaciones artísticas precolombinas de México, Ecuador, Perú, Bolivia y Colombia, y de huesos y momias.

Desde mi perspectiva personal el libro aquí considerado es uno más de los varios pasos que he dado en mi afán por conocer algo de ese mundo que desde mi juventud me ha subyugado; me refiero al mundo premoderno y precolombino de nuestra milenaria historia, que hoy gracias a las investigaciones del profesor Gonzalo Correal Urrego, reconocido pionero en nuestro país de la paleopatología y de quien siempre he recibido apoyo y luces en esta área del saber, se remonta a más de doce mil años.

Mi deseo de conocer ese mundo me llevó, en el último año de bachillerato, a vacilar de mi muy acendrada vocación hacia la medicina, y a pensar en optar por la antropología. Pero ahí estaba mi padre, Álvaro Sotomayor, también médico pediatra

como yo, quien me ayudó en ese momento a tomar la decisión de seguir mi vocación médica, al plantearme con energía y sentido del humor que recordara que la palabra vocación venía de boca, queriendo decirme con semejante exabrupto etimológico que debía pensar en serio tal decisión, ya que la vida del antropólogo, por los menos en esos tiempos, generaba mayores dificultades que la del médico para poder sobrevivir.

Ya en la Universidad Nacional mis condiscipulos y yo tuvimos la gran suerte de recibir un curso completo de antropología médica en los primeros semestres de nuestros estudios médicos y vivir los momentos político-espirituales tan especiales de los años setenta.

Hoy, nuestros sueños de esos años se han hecho de una u otra forma realidad. Con el tiempo he desarrollado en paralelo a mi especialidad mis trabajos de investigación en paleopatología e historia de las enfermedades y de la medicina en Colombia.

Gracias a nuestra Constitución Política de 1991 que nos reconoce como una nación pluriétnica y multicultural, y nos obliga a todos los colombianos a reconocer y respetar la medicina de los pueblos indígenas, el año pasado, 2006, viví una experiencia

maravillosa al liderar el área de salud de un proyecto de etnoeducación comunitaria para el resguardo indígena de Caño Mochuelo, en Casanare. Tuve la inmensa suerte de interactuar como médico facultativo con tres médicos indígenas, el uno sikuaní, el otro kamentzá y el otro arhuaco, en la atención médica a las personas de ese resguardo ocupado por ocho etnias.

Esta diversidad cultural que tenemos los colombianos y los otros países americanos nos ofrece a los médicos una enorme fuente de reflexión para profundizar en la mentalidad antropológica que debe dirigir e ir de la mano con las otras tres mentalidades que han nutrido a la medicina moderna u occidental: la mentalidad anatomopatológica, la fisiopatológica y la etiológica.

“Aproximaciones a la paleopatología en América Latina”, que cabe pensarla en el derrotero de lo que definió Germán Arciniegas, “América es otra cosa”, la presentamos sus coordinadores y autores al público para ser leída, criticada y superada por los presentes y futuros estudiosos del tema; y la lanzamos al compás de unas piezas musicales clásicas, en instrumentos andinos, de los países que participaron en ella.